

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

Biblioteca "Nuestro Corazón"

NÚMEROS PUBLICADOS

1 La que se hizo amar, por Marcel Priollet.—
2 Nada se borra, por Max Dervieux.—**3 La esposa y la amiga**, por José Baeza Valero.—
4 El hombre que no servía para nada, por Jorge Clary.—**5 La falta del hombre**, por René Trotet de Bargis.—**6 Mujeres...**, por Francisco-Mario Bistagne.—**7 Lecciones de la vida**, por Félix Léonnec.—**8 La primavera reflorece**, por Michel Nour.—**9 El señor Francisco**, por Francisco-Mario Bistagne.

Acaba de aparecer el 10.º volumen

ALAS ROTAS

por Andrés Bayón Belío

Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y su precio es el de UNA PESETA

J. HORTA, IMPRESOR

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 335

25 CTS.



EL ANGEL
DEL HOGAR

POR
Belle Bennett

Mother, 1927

FilmoTeca
de Catalunya

MEEHAN, J. Leo

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES BISTAGNE

Redacción } PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración } Teléfono 4423 A

Año VII BARCELONA N.º 335

(MOTHER, 1927)

EL ANGEL DEL HOGAR

Sentimental producción, adaptada
de la novela de Kathleen Norris

Notable interpretación de **Belle Bennett,**
William Bakewell, Crawford Kent, etc.



EXCLUSIVA DE

L. GAUMONT

PASEO DE GRACIA, 66
BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LYA DE PUTTI



EL ANGEL DEL HOGAR

Argumento de la película

La niña duerme. Rendida del delicioso cansancio de jugar todo el día, la dulce criatura de bucles de oro, parla melosa y ojos que acarician, reposa con toda su almita en el mullido lecho.

A su lado se halla su mamá, el ángel guardián del hogar, que sigue todavía en pie cerca ya de la medianoche.

Marta Ellis, la bondadosa madre, no vive más que para la felicidad de los suyos: sus dos hijos — Jorge y la pequeñita Isabel — y su marido — Roberto.

Marta arropa a su hijita, la besa por última vez, con la mirada, para no despertarla con el más ligero roce, y sale de su cuartito, cuya atmósfera tiene la tibieza y olor de la tierna criatura.

A poco llega a la casa Jorge, que em-

pieza a considerarse a sí mismo un hombre hecho y derecho, pero que sigue siendo para su madre el niño travieso y juguetón de otros tiempos.

Jorge es, claramente hablando, un chiquillo, pero la sociedad que frecuenta, el medio ambiente en que vive sus horas de ocio no es recomendable. La juventud se cree en nuestros tiempos perfectamente capaz de comprender la vida y saberla vivir, y los resultados de tan osada teoría no pueden ser más funestos en la mayoría de los casos, ya que las excepciones no suelen ser corrientes.

se refleja un acentuado mal humor y en su

Jorge regresa aburrido; en su semblante frente se graba tenaz preocupación.

Marta, cariñosamente, va a su encuentro y le besa.

Jorge contempla a su madre y le dice: —¿Por qué no te has acostado, mamá? Es ya más de medianoche. No debiste esperarme.

Marta hace un delicioso mohín y responde:

—Tenía un poco de ropa por repasar, y aproveché el tiempo mientras tú llegabas.

—Bueno, me voy a la cama.

Jorge no se mueve empero de su sitio,

como si estuviera pensando en algo que le obsesionara; y, extrañada, Marta le arranca de su ensimismamiento preguntándole, a su vez:

—¿Ha estado divertida la fiesta, hijo mío?

El muchacho, sin ocultar su contrariedad, replica:

—He hecho un poco el ridículo, como siempre... Todos mis amigos tienen coche, menos yo.

—Si no es más que eso, Jorge...

—Sí... casi nada. Cuando tenga novia, la invitaré a dar paseos a pie... y a los dos días me dejará plantado.

—No hables en ese tono, hijo. Ten en cuenta que nosotros no podemos ni pensar en comprar coche.

—Claro. ¡Y de eso tiene la culpa papá! ¿Por qué no se las arregla para ganar más dinero?

Marta pone una mano en los labios de Jorge a fin de obligarle a callar, y con sigilo abre una puerta y asoma levemente su cabeza al interior de la habitación, donde duerme el buen marido. Después de comprobar que el cabeza de familia no ha oído a su hijo, dice a éste la abnegada madre:

—No hables de ese modo, Jorge, si no

quieres que me disguste. Si tu padre te oyese... El, que ha trabajado y trabaja tanto por todos nosotros, más aún de lo que puede.

Jorge parece meditar como un hombre



—Todos mis amigos tienen coche, menos yo.

sabe sus torpes palabras y su madre le sorprende con estas nuevas palabras:

—Si tanto empeño tienes por poseer un coche, gana tú mismo lo suficiente para comprártelo. Ya eres un hombre.

El muchacho se siente halagado y contesta:

—Mamá... creo que has tenido una gran idea...

Está satisfecho de que le traten como un hombre. ¡Y claro que lo es! Bien lo demostrará.

—Mañana mismo me buscaré un trabajo cualquiera para después de las horas de clase... — añade.

Si; después de los estudios — pues por ahora no es más que estudiante — irá a trabajar en cualquier parte para ganarse algún dinero.

Sin embargo, como él es un buen muchacho en el fondo, retira lo dicho y dice:

—Pero estoy pensando que será mejor traerte el dinero a ti, mamá.

El buen corazón de Jorge emociona a Marta. Su hijo podrá tener caprichos raros, como sus amiguitos de buenas o malas casas, pero cuando llega el momento de desnudar sus sentimientos, éstos aparecen sin tara.

¡Noble hijo! Y Marta, abrazándole, contesta:

—Yo no lo necesito, hijo mío... Comprate el coche, puesto que eso ha de ser una alegría para ti.

Jorge salta entonces de alegría como si tuviera mil diablos traviesos en su cuerpo,

y al dormirse sueña que a la puerta de su casa le espera un magnífico automóvil.

**

Al día siguiente, temprano, Roberto Ellis, el cabeza de familia, se prepara activamente para acudir a su obligación cotidiana.

Roberto está en ese momento en que los hombres vuelven la vista atrás y ven con melancolía que han recorrido más de la mitad de su vida.

Como su esposa Marta, Roberto no aspira a más que a procurar la dicha en su hogar, pero la suerte no se le muestra muy complaciente, a pesar de los esfuerzos que él hace por atraérsela.

Isabelita, la hermana de Jorge y el miembro más joven de la familia, se halla haciendo su "toilette", con encantadora coquetería, en el lavabo, cuya puerta halla Jorge cerrada al disponerse a ir a refrescarse el rostro.

Transcurre un cuarto de hora desde que Jorge ha llegado junto al lavabo, y agotada ya su paciencia, le grita a su hermana:

—¿Cuándo vas a terminar, Isabel? ¿Es que los demás vamos a estar aquí esperando por su merced?

Pero Isabelita no se da por enterada, y Jorge, impaciente, se dirige a su madre, a la que todo lo arregla, y se queja así:

—Mamá, ¿cómo quieres que llegue a tiempo al colegio si esa chiquilla malcriada está encerrada en el lavabo y no hay quien la saque de allí?

Marta llama a la puerta del lavabo y ordena a Isabel que se dé prisa en salir, y así, obediente, la niña deja libre el sitio a Jorge, no sin antes ¡ah, mujercita! haberle mostrado un “palmo” de lengua.

Poco después, Roberto se desayuna. Marta le observa amorosamente, y al fijarse en que está leyendo el periódico en la sección de ofertas y demandas de empleo, sigue su mirada y ve que presta atención a los dos anuncios siguientes:

Pintor Decorador

se necesita. Presentarse en Flower St. 231

Se precisa Delineante

para despacho de arquitectos. Escribir a “Morning Post”, 24.

Sorprendida, mira detenidamente a Roberto y le pregunta:

—No estarás pensando en dejar tu colocación, ¿verdad, Roberto?... Tú eres un buen arquitecto, y tus jefes lo saben.

Roberto, sin poder ocultar la pena que embarga su corazón, responde con melancolía:

—Lo cierto es que me voy haciendo viejo, querida, y Bowen quiere a su lado gente más joven, con ideas nuevas... Ya me lo ha insinuado.

Marta le sonríe. ¡Bah! Temores infundados. ¡Si él, su Roberto, es tan talentoso! ¡Qué tontería pensar en que puede ser despedido!

La gentil esposita corre a un mueble y saca de un cajón un rollo de papel de dibujo en que aparece un notable boceto de construcción moderna.

—Mira — le dice a su marido entregándole el dibujo—; esto es lo mejor que has hecho, Roberto... Enséñaselo a Bowen y ya verás como te prefiere a todos los jóvenes.

El esposo no puede menos de sonreír lleno de gratitud hacia Marta por la confianza que ella ha depositado en él, y luego de besarla con verdadero amor, sale de la casa y se dirige animoso hacia el despacho de su jefe.

Jorge y su hermanita se desayunan cuando papá ha salido. Isabelita, que no tiene apetito esta mañana, se entretiene soplan-

do en la leche con la que se baña los labios...

Jorge, molesto por el rumor que produce el juego de la niña, se queja a Marta:

—Mira, mamá, Isabel está haciendo burbujas con la leche.

Interviene el ángel del hogar, y la niña cesa de hacer burbujas.

De pronto, Jorge exclama, levantando la vista del periódico que dejara encima de la mesa Roberto:

—¡Ya tengo el coche!... En doce semanas puedo pagar el primer plazo.

Marta, a quien, a pesar de todo, ha llamado la atención el temor que ha visto en su marido, no rechaza la posibilidad de que pueda ser despedido, y, considerando que en aquellos momentos es cuando menos deben aventurarse a gastar, trata de hacérselo comprender a Jorge, mas éste, ilusionado con el coche, replica:

—Pero, ¿no me dijiste ayer que si encuentro trabajo puedo comprarme un coche?

Isabelita se pone a palmotear, entusiasmada, y exclama, envolviendo en sus maravillosas sonrisas a Jorge:

—¡Sí, Jorge, cómpratelo, cómpratelo y me llevarás a mí de paseo!

—¿A ti? ¡Dios me libre! Me lo mancharías — contesta, infatuado, Jorge.

...Y la madre sigue trabajando, sigue velando por su hogar, siempre serena, siempre incansable, sin esperar otra recompensa que un poco de amor.

La familia Ellis no tiene otro amigo íntimo que el cabo Goster, un viejo lobo de mar sin parientes.

El anciano se presenta en casa de Marta esta mañana cuando Jorge e Isabelita se hallan ausentes y no queda en el nido más que ella.

—¡Hola, cabo! — salúdale afectuosamente Marta — Pase usted, pase usted...

El viejo entra en la cocina, donde anda atareada Marta, y ésta, indicándole que se siente a la mesa, le sirve un buen pedazo de pan de dulce, que el cabo se pone a comer con verdadero deleite, comentando, sinceramente:

—No hay mejores manos para la cocina que las tuyas, Marta.

Isabelita regresa al poco rato del colegio y le dice a su madre, colgándose de su cuello:

—Mamá, mi amiga Aurorita me ha invitado a la fiesta de su cumpleaños.

—Muy bien, hijita... Desde luego, irás.

—Gracias, mamá... Pero tú me prometiste hace tiempo un vestido nuevo, mamá... ¿Lo tendré para la fiesta?

¡Un vestido nuevo! Sí, sí... Marta recuerda que hizo esa promesa a su niña, pero ahora los tiempos no están para gastos ...y si el padre llegara a quedar sin empleo... ¿Qué decirle a Isabelita? ¿Le causará el disgusto de negarle el inmenso regalo que la niña espera con ilusión sin límite?

No... No puede atreverse Marta a causar esa pena a su hijita, y le responde:

—No temas... Mamá encontrará un vestido nuevo para ti.

El cabo Goster ha salido al pequeño jardín de la casa y la niña se le reúne saltando de gozo.

Viejo y niña hablan como buenos amigos, y la criatura, después de referirle quién es Aurorita y las muñecas que ésta tiene, le dice, en el paroxismo de su alegría:

—...y mamá me va hacer un vestido nuevo...

Al oír expresarse con tanto entusiasmo a su hijita, Marta no titubea más y busca en su guardarropa un vestido... el mejor de los suyos, uno cuya tela, en que apare-

cen lindas flores, podrá adaptarse perfectamente a Isabelita.

Pero ¿sacrificará Marta el mejor de sus vestidos para confeccionar el que ha prometido a Isabel?

Sí, para que su niña no tenga que envidiar el vestido de ninguna de las amiguitas que asistan a la fiesta del cumpleaños de Aurorita.

Y se pone a trabajar en seguida, cortando la suave tela que acarició su cuerpo de abnegada matrona.

Jorge no tarda en llegar a su casa, y de buenas a primeras le dice a su madre:

—Esta noche voy a llevar a Eva Larkin a un baile...

—Pero, ¿no decías que hoy no ibas a pensar más que en buscar trabajo? — le recuerda Marta.

Es verdad. ¡Lo había olvidado! ¡Qué cabeza la suya!

—Sí... tienes razón... y mañana, sí, mañana sin falta tendré una colocación. Hoy ya me he comprometido con Eva.

En el jardín el cabo Goster confecciona un juguete para Isabelita, tallando un pedazo de madera.

—Esto será un magnífico automóvil

cuando esté terminado — anuncia a la niña, que le mira cariñosamente.

—Mi hermano va a comprar uno de verdad — responde Isabelita.

—¿Sí? Me alegro. Pero deberá ir con mucho cuidado...

—¿Por qué, cabo Goster?

—El automóvil es como la vida, Isabelita... Si no se presta atención a las señales de peligro se estrella uno sin remedio.

Jorge ha oído esta explicación del viejo lobo de mar, y dice a su madre, con retintín:

—Papá atiende a esas señales al pie de letra... ¡Así está de lucido!

Marta le riñe con cierta dureza. ¿Qué es eso? ¿Por qué habla así de su pobre padre el mocoso de Jorge? ¿Que no vuelva a pronunciar su nombre si no es para alabar su conducta! De lo contrario...

Y Jorge calla, porque ve a su madre muy disgustada.

A la hora de comer se presenta Roberto. Al verle, Marta comprende que algo desagradable le ha sucedido al digno compañero. El pobre llega encorvado, como si sus espaldas no pudieran soportar fácilmente el peso que ha caído sobre ellas...

—¿Qué tienes, Roberto? — inquiera el ángel del hogar.

—Lo que yo temía, Marta... A Bowen no le gusta eso que tú llamas mi obra maestra... Hemos tenido unas palabras algo violentas... y estoy sin empleo.

Sobreponiéndose a su amargura, valiente, admirablemente fuerte, para animar a Roberto, Marta responde:

—No te inquietes por eso, hombre... Ya verás como encuentras otra colocación mejor.

—No sé, Marta, no sé... ¡Si yo pudiese establecerme por mi cuenta... si no tuviese la necesidad cotidiana de traer dinero a casa!... ¡Yo sé que triunfaría!

—No te preocupes, Roberto... Todo se arreglará... No debemos acobardarnos en momentos difíciles, sino todo lo contrario... Yo presiento que tú has de triunfar, y ya sabes que raras veces me equivoco.

—Dios te oiga, Marta...

—Dios es bueno, Roberto.

Jorge se había encerrado en su cuarto para arreglarse un poco. Al salir del mismo, su madre, cogiéndole aparte, se ve obligada a decirle:

—Me parece que vamos a necesitar tu

ayuda, Jorge... Tu padre se ha quedado sin trabajo.

Y he aquí que el muchacho caprichoso, el "pollito" presuntuoso, sabe demostrar que no es malo, contestando a su madre, afligido ante su contenida aflicción:

—¡Cuenta conmigo, mamá! ¡Yo sacaré la casa adelante!... Por supuesto, ya no pienso ni remotamente en comprarme el coche.

Y Jorge adopta una actitud de gentilhombre, de la que no se aparta a pesar de oír como el cabo Goster le dice a Isabelita mostrándole el juguete de madera completamente terminado:

—Ahora pregúntale a tu hermano si puede comprar un coche mejor que éste.

**

Un día y otro día, Marta alienta a su marido, le sostiene en sus horas de desaliento, le habla al alma con entusiasmo y con fe; pero sobre su optimismo de un momento cae, aplastándolo, la losa de plomo de la realidad.

Aquel día, de vuelta de su peregrinación por varios despacho, Roberto se declara vencido.

—He visto ya todas las casas de cons-

trucciones, excepto Marshall... Si aquí no me admiten, estoy vencido...

Marta, sufriendo en silencio, para no atormentar más al pobre compañero, sirve la comida, comen todos aparentemente tranquilos, y después de comer, al disponerse a volver a lanzarse a la busca de un empleo, visitando la casa Marshall, Roberto se fija en lo que está haciendo su esposa y le pregunta:

—¿No tenías tú un vestido igual a este que le estás arreglando a la niña?

—Sí, Roberto... Es el mismo... Ya sabes que yo salgo poco... y como Isabelita se enamoró de él...

Roberto comprende, y, desesperado, gime:

—¡Soy un fracasado, un fracasado!... ¡No sirvo ni para sostener mi casa!

¿Qué está diciendo? ¿Quién sostiene la casa sino él?

—¡No hables así, Roberto! ¡Nada tienes que echarte en cara! ¡Eres el mejor marido y el mejor padre que hay en el mundo!

—No, Marta, no...

—Lo único que tú necesitas es encontrar un sitio donde sea apreciado tu talento.

—¡Qué bien sabes darme ánimos, Marta!... Si algún día triunfo, sólo a ti lo deberé.

Más tranquilo, Roberto se acaba de vestir y se dispone a marcharse. Marta le da

la carpeta de sus planos y le despide besándole repetidas veces con gran amor.

¡A ser valiente! ¡El triunfará!

Y Roberto sale animado, pensando, incluso, vencer.

(Pero al cerrarse sobre él la puerta de la casita, Marta queda apoyada en la misma por la parte interior y desahoga su pena en amargos sollozos.

Jorge e Isabelita han vuelto al colegio también, y a media tarde recibe Marta una carta que le aporta una viva satisfacción.

El escrito dice:

“Hagen y Hagen

Notarios

Distinguida señora Ellis:

Tenemos el gusto de participarle que hemos vendido en 10.000 dólares la propiedad legada a usted por su difunto padre.

Es lástima que no haya podido usted esperar una ocasión mejor, pues se hubiera podido sacar por ella casi el doble.

Tenemos a su disposición en nuestras oficinas la suma mencionada.

Muy suyos.

Hagen y Hagen”

Sin pérdida de momento se traslada Marta al gabinete de los notarios y cobra el importe de la venta de la casita que le dejara su buen padre.

Roberto regresa a su hogar antes de que

su mujer haya vuelto. En las oficinas de Marshall tampoco ha tenido suerte. Ya no sabe dónde ir. Desalentado se acerca a la estufa y arroja en la boca del fogón los planos que se llevara. Como la estufa no está encendida, busca en sus bolsillos una cerilla, y no encontrándola se dirige a la cocina.

Gracias a esta pérdida de tiempo Marta llega oportunamente para evitar que su marido quemara los preciados papeles en los que está reflejado su talento.

—¿Qué haces, Roberto? ¿Por qué pretendes quemar tus planos?

Desolado, el arquitecto gime:

—¿Para qué quiero conservarlos? ... Marshall me ha dicho que son demasiado artísticos para ser comerciales.

Entonces Marta, que había ocultado su alegría, como otras veces su dolor, le muestra el cheque que le han entregado los notarios, y le dice, mirándole fijamente:

—¿Quemarías también este papelito?

—¿Qué es esto, Marta?

Marta le entrega la carta que le enviaran los notarios, y añade, abrazada a su esposo, que no vuelve de su asombro y que llora casi de gratitud:

—Con este dinero puedes empezar a trabajar por tu cuenta... Ya verás; será este cheque la llavecita mágica que te abrirá las puertas del éxito.

Jorge y su hermanita aparecen en tan importantísimo momento, y dice Jorge al contemplar tan fuertemente abrazados a papá y mamá:

—¿Puede saberse a qué se debe toda esta alegría?

Y cuando está enterado de lo que ocurre, Jorge exclama, radiante de felicidad:

—¡Al fin podré comprarme el coche!
Es su obsesión.

*
**

Después de meses de esfuerzos, de labor constante, el éxito ha premiado el talento del padre y la fortaleza y la fe de la madre.

Roberto, en su lujoso despacho, atiende a la señora Virginia Waynes, viuda de acaudalado comerciante y cuya amistad con el arquitecto, nacida durante cortas visitas, desea convertir en algo más sólido...

Jorge ya tiene su coche. Se compró, anteriormente, uno de ocasión, porque Marta no quería gastos mientras Roberto no triunfase de lleno, pero el que acaba de adquirir es magnífico.

Entusiasmada al ver el coche, Isabelita ruega a su hermano que las lleve a mamá y a ella a dar un paseo, y el muchacho acepta, dándose más tono que un nuevo rico.

Pero he aquí que a Jorge se le ocurre llamar por teléfono a Eva Larkin, una de esas muchachitas del día, que cifran toda su ambición en parecerse a los hombres, que encuentran risible a Julieta y sólo con-



...atiende a la señora Virginia Waynes.

ciben a Romeo jugando al fútbol o bailando el charleston.

Y como a Eva se le ocurre a su vez decirle a Jorge que vaya a buscarla en seguida, mamá y la linda Isabelita se quedan sin paseo.

¡El muy ingrato!

Para compensar a Isabelita del disgusto,

Marta, disculpando, para consolarse, a Jorge, le dice a la pequeña:

—¿Y si tomásemos un taxi y fuésemos a buscar a papá?

—Sí, sí — palmorea Isabelita.

Roberto, en aquellos momentos, sale de su despacho, en compañía de la viuda Wayne, que le ha suplicado la acompañe, ofreciéndole su coche, al solar donde ha de construirse la casa que le ha encargado, para, sobre el terreno, entender mejor sus explicaciones.

Al salir, dícele a Roberto la telefonista:

—Su esposa ha preguntado por usted hace un cuarto de hora, señor Ellis. Le dije que usted me había ordenado que no se le distrajesen para nada.

—Bien, muchas gracias... Le telefonearé cuando regrese.

En efecto, Marta le había telefoneado un poco antes, para preguntarle si regresaría tarde a cenar, y como no pudo comunicar con él es por lo que se le ha ocurrido ir a buscarle con Isabelita.

En camino, los dos automóviles — el de la viuda y el taxi ocupado por Marta y su hijita — se detienen, tocándose casi, junto a un guardia de tráfico y a una señal de éste para la circulación de los coches que van en dirección perpendicular a la de ellos. La casualidad ha puesto el automó-

vil de la viuda junto al taxi de Marta, para que ésta vea a su marido con aquélla.

Isabelita ve a su padre y exclama:

—¡Mira... mira papá!

Marta le pone una mano sobre la boquita y la obliga a callar. Es mejor que Roberto no las vea. Aquella señora puede ser una cliente...

Aquella noche, Marta comprueba por sí misma que la incertidumbre es mucho más amarga que el pleno conocimiento. No puede, por más que lo intenta, convencerse de que su marido ha de acompañar en automóvil a sus clientes femeninos.

Deseosa de saber, le pregunta, de sobremesa:

—Me hablas tan poco de tu trabajo ahora, Roberto... ¿Qué has hecho hoy?

Sin vacilar, él contesta:

—Nada de particular. He estado trabajando en el despacho. Luego he salido a ver algunas propiedades... Pero estoy un poco cansado... Esta noche volveré temprano.

La criada viene a anunciar a Roberto que le llaman al teléfono.

Roberto se pone al aparato y reconoce en la voz a la viudita.

—Se me ha ocurrido esta noche una idea acerca de mi nueva casa... ¿Quiere usted venir y se la explicaré?

—Iré.

Marta le pregunta, al volver él al comedor:

—¿Quién era?

—Un cliente... Me llama... No sé qué quiere consultarme sobre unos planos.

Y Roberto se retira a su habitación para vestirse.

En tanto, Marta acuesta a Isabelita, que no ha querido cenar, encontrándose un poco indispueta, porque, según Jorge, traga demasiado.

De pronto Roberto llama a su mujer, pidiéndole su corbata de lazo.

—¡Santa Lucía bendita, si la has estado tocando varias veces si has abierto el cajón! — dice Marta, mostrándole la corbata.

—No me di cuenta, mujer.

—¿Te vistes de etiqueta?

—De "smoking" siempre hace mejor impresión... Por eso me lo pongo.

—Ese cliente que vas a ver, ¿es un hombre o una mujer?

—Es... la señora Waynes... el mejor negocio que me ha salido hasta ahora.

—No tardes... Te esperaré...

—Prefiero que te acuestes. No sé si regresaré tarde...

—Como quieras.

La franqueza con que Roberto ha contestado a Marta que va a ver a la señora Waynes es para Marta una buena señal. Sin embargo, ¿por qué siente celos?

Disculpémosla... Es mujer... Ama...

Jorge también sale, y Marta le ve esconderse en el bolsillo de la parte posterior del pantalón una botella de metal conteniendo licor, la cual le obliga a que se la dé, y le riñe con persuasión:

—Este es uno de los peligros de que hablaba el cabo Goster, hijo mío. Si no haces caso de las señales, vas a tu ruina... Es como si te despeñases por un abismo sin fondo...

—Yo veo que todos los muchachos beben y no les pasa nada...

—Yo no quiero que tú seas como los otros, Jorge. Quiero que seas como tu padre... bueno y recto.

—Sí, mamá... Es verdad... No beberé...

*
**

Al correr de los días, la viuda Virginia se mostró más y más interesada por los planos de Roberto Ellis... o, para decirlo con más propiedad, por el mismo Roberto.

Y, con un poco de insistencia, logra que Roberto acepte acompañarla dos días a las posesiones que unos amigos suyos poseen en la montaña y donde han de celebrarse varias fiestas.

Queda convenido que saldrán por la noche, en el tren de las diez y media.

Roberto inventa a su esposa una fábula y Marta, lejos de suponer que es la viuda quien separa a su marido del hogar, accede de buen grado, ya que se trata de defender intereses del negocio, a su partida.

Aquella noche, Jorge, aprovechando la ausencia de su padre, sale también, para divertirse con Eva Larkin y sus amigos, que no tienen nada de recomendable.

No contenta con velar por los suyos, Marta, enterada de que el cabo Goster está ligeramente enfermo, va a visitarle, llevándole, con un buen pedazo de pan en dulce, el consuelo de sus palabras cariñosas.

Durante la ausencia de su madre, Jorge, que ha bebido por los codos, como la mayoría de sus amigos, lleva a éstos a su casa, y en ella los jovencuelos se libran a las mayores barbaridades, convirtiéndose el salón del hogar en un manicomio.

Rendido, Jorge se deja caer en un sofá y se duerme.

Marta llega en tal instante, y al ver la clase y el estado de los amigos de su hijo, y a éste durmiendo la mona, echa a aquéllos sin contemplaciones; y todos van saliendo, no sin hacer burla de ella descaradamente.

Al quedar a solas con su hijo, Marta le despierta, pero Jorge, rehuyendo su contacto porque ha echado a sus amigos, se inso-

lenta con ella y huye de su casa para reunirse con la pandilla.

—¡Bravo, Jorge! — le grita Eva, abrazándole—. Ya sabía yo que vendrías a darme una explicación.



...enterada de que el cabo Goster está ligeramente enfermo, va a visitarle.

Jorge se cree en aquellos instantes poco menos que un dios, y exclama:

—¡Yo soy un hombre y no voy a vivir cosido a las faldas de mi madre! ¡Qué te habías creído tú!

—Eres admirable, Jorge. Y tengo una gran idea.

—¿Cuál?

—¿Qué te parece si nos casáramos esta noche?

—¡Aceptado!

Uno de la pandilla, que guía el "auto" en que van Eva y Jorge, se opone a sus deseos de conducirles al pueblecito de Colgrove,



...se libran a las mayores barbaridades.

donde un Pastor los casará; y decididos a casarse, los dos locos se apean del coche y se dirigen a la estación.

En aquellos momentos, Roberto, arrepintiéndose de engañar a su esposa, vacila entre seguir a la viuda y regresar a su hogar. Llegaron tarde para salir en el tren de las diez y media y durante la espera del

próximo tren ha reflexionado sobre el paso que va a dar y casi está decidido a retroceder. Pero el nuevo tren se anuncia y la viuda no le deja terminar de decidirse a abandonarla.

Eva y Jorge toman el mismo tren en que



Llegaron tarde para salir en el tren de las diez y media.

viaja Roberto con la viuda y los amigos de ésta, pero sin verse padre e hijo, pues ocupan departamentos distintos.

El joven que guiaba el "auto" en que iban antes Jorge y Eva y que se negó a acompañarles a Colgrove, considerando una barbaridad lo que pensaban a hacer los dos

chiquillos, avisó por teléfono a Marta que su hijo iba a tomar el tren para dicho pueblo con Eva, a fin de casarse, y, temerosa de llegar tarde para impedir tal locura, Marta voló a la primera estación en que debía parar el tren en que viajaban Jorge y Roberto.

Al subir al tren, Roberto ve a su esposa y, como culpable que es, no admite, de momento, otro razonamiento que el de ocultarse de ella. Afortunadamente para él, Marta se aleja de su departamento especial, buscando por todas partes a Jorge.

Cuando al fin lo ve desde uno de los extremos de un vagón y lo llama, el tren descarrila y los vagones vuelcan crugiendo infernalmente.

Las víctimas son numerosas. Varios muertos y muchos heridos.

Marta ha resultado ilesa y Roberto también.

Marta, horrorizada, busca a Jorge y lo encuentra herido en una pierna. Eva, espantada, ha huído por su propio pie, arrepentida, sin duda, de su locura.

Marta coge entre sus brazos a su hijo y Roberto la descubre en tal momento, reuniéndosele y suplicándole perdón con la mirada.

La viuda ha visto a Roberto con Marta, y, comprendiendo quién es, desaparece de su proximidad, avergonzada...

Marta no necesita preguntar nada... Lo ha comprendido todo... y perdona, porque Jorge y Roberto están arrepentidos.

La pierna de Jorge queda completamente curada al cabo de unas semanas de sufri-



...reuniéndosele y suplicándole perdón.

mientos para él y Marta; y, agradecido, adorando a su madre, el "pollito", que en adelante será un hombre, todo un hombre, le murmura, mirándola como a una santa:

—¡Mamá... mamaita!... ¡No hay en el mundo una madre como tú!

F I N

PRÓXIMO NÚMERO:

La sentimental novela

UN CORAZON DE ORO

por Marion Nixon y Gareth Hughes

Mañana en *Los Grandes Films*, la emocionante novela:

ETERNAS PASIONES

por POLA NEGRI y CLIVE BROOK

ESTA SEMANA

Grandioso acontecimiento en las selectas Ediciones Especiales de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

El Rey de Reyes

Haga sus encargos desde ahora mismo a su librero.

Acaba de aparecer en la distinguida Biblioteca «Nuestro Corazón», la bellísima novela original del culto escritor Andrés Bayón Bello,

ALAS ROTAS

La recomendamos a los lectores de buen gusto.